

quierdo
en dra-
ero en
ido. El
eva por
in pe-
laston
do de
lados.
o cuyo
stá for-
un la-
do su
lo cin-
s y flo-
ama.

de pu-
el pri-
ero de
ante re-
mica de
a, con
a musi-
lante y

publi-
nica en
i Espa-
viene á
a nece-
idente,
no des-
dio de
primer
cuenta
ion, la
Octubre
go que
dada á
sasun-
on una
s obras
estam-
econó-
quien
l. Casa

ordado.
ion en
22 Cao.
ye, no-
n Ma-
o 8 rs.
as.



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

NÚM. 37—Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

2 OCTUBRE 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

SUMARIO.—Carta de París, por Joaquina Balmaseda.—Trajes de entretiempo: MODELOS DE LA EX-
POSICION: Vestido princesa con drapería.—Vestido de faya guarnecido de encajes.—Vestido para señorita
con delantal italiano.—Vestido con túnica y cuerpo de aldetas.—Vestido de novedad para teatro ó reunion.
—Traje elegante para jovencita.—Vestido con paletot de moda.—Paletot de mañana con bordados de color.
—Paletot de mañana guarnecido de encaje.—Sombrero Rubens.—Sombrero Enriqueeta.—Escavina flechú
guarnecida de fleco.—Sombreros y trajes de entretiempo para niños y niñas.—Sombrero-capota para niña —

Toca polonesa para niño.—Traje con blusa y cinturón para niño de 5 á 8 años.—Traje con paletot largo para
niña de 7 á 9 años.—Vestido princesa para niña de 8 á 11 años.—Vestido con paletot para niña de 5 á 8
años.—Escote de camisa para señora, de crochet y trencilla.—LITERATURA: La táctica del amor, poesía,
por Rafael Mosteirín.—La moda ante la salud, por Eduardo Pascual y Cuéllar.—Rosalia, traducción del
italiano, por Emilia Quintero y Calé.—Correspondencia.—Economía doméstica.—Charada.—Explicación
del figurín.

SRA. DOÑA ANGELA GRASSI.

París 19 Setiembre 1878.

Te escribo, querida mia, des-
de la primera capital de Europa,
cumpliendo lo ofrecido y con más
pesar que gozo, más por obliga-
da que por animosa, más por en-
viar un recuerdo á mis queridas
lectoras y á ti, que por lo que
pueda decir en los límites redu-
cidos de esta carta. Hablar de Pa-
rís y de su Exposicion en breves
palabras, es querer medir un co-
loso con compas de niño, tocar
á la flor para deshojarla, levan-
tar el velo que cubre una mara-
villa del génio, y esconderla más
entre los pliegues, tratar de ilu-
minar inteligencias, y sumirlas
en mayores tinieblas; es, en fin,
querer sin poder, hablar sin per-
suadir, pintar sin colores. Imposi-
ble, Angela; para hablar, no
de París, harto conocido y cele-
brado, sino del esfuerzo jigante,
del alarde de soberbia poderosa
realizado en su última Exposi-
cion, necesitaria un gran volú-
men, no el espacio reducido de
una carta. En el certámen uni-
versal que viajeros de todas las
naciones vienen á estudiar á Pa-
rís, no se ven solo los adelantos
de las industrias y el desarrollo
de cada una de ellas; en aquel
palacio levantado de ayer á hoy
como por arte májico, con salo-
nes, estatuas, cascadas, parques,
fuentes y pabellones que repre-
sentan todos los gustos, todos
los estilos, todas las costumbres,
se ven acumuladas á mis ojos, no
las manufacturas, no las artes,
no la agricultura, sino todas las
ambiciones, todas las intelligen-
cias, todas las grandes soberbias
que han engendrado la moderna
civilizacion.

¿Qué quieres que te diga de
tantos sentimientos, de tantas
grandezas, de tantos esfuerzos
reunidos para demostrar almun-
do lo que cada cual vale y mere-
ce en titánica competencia? Por
mucho que dijese seria poco
para lo que aquello exige; por
poco que escribiera, mucho para el espacio de que pue-
do disponer. En este apuro, mi querida amiga, he que-
rido limitar mis estudios en el gran certámen á la es-
pecialidad que puede ser útil á mis queridas lectoras, y
que exige, sobre todo, la índole de nuestro semanario:
á la cuestion de modas y labores.

En modas, como en todos los demas ramos que fi-



1 Á 3. TRAJES DE ENTRETIEMPO.

1. Vestido princesa con drapería en forma de chal. 2. Vestido de aya guarnecido de encajes. 3. Vestido con delantal italiano.

guran en la Exposicion, no se admiran grandes nove-
dades, sino el desarrollo de las conocidas, y esta es opi-
nion de inteligencias muy ilustres; se admira el des-
arrollo de la moda actual, los infinitos obreros de am-
bos sexos que sostiene y la eleva á uno de los primeros
ramos de la industria parisien; y digo parisien, porque
si las demás naciones han podido competir en otros gé-

cia abajo con flecos y borlones de cuentas que descansan
sobre los plegados de raso que guarnecen la primera falda.
Nada de peor gusto, y sólo puede compararse con otro
especial cuya falda va totalmente cubierta de bordados
de perlas. Hay otros, en cambio, de raso en colores pá-
lidos con cenefas bordadas con sedas de colores que sir-
ven de cabeza á encajes riquísimos, no muy anchos, que

neros y áun vencer á la Francia,
ninguna ha llegado á ella en cues-
tion de trajes, abrigos y lencer-
ria, habiendo muchas naciones,
segun me dicen, que apreciándo-
se desde luego incompetentes, ni
siquiera se han presentado en es-
te género: todavia no he podido
estudiar el total de la Exposi-
cion, y no puedo afirmarlo; pero
me lo aseguran, y este estudio
más secundario, y puede decirse
comparativo, dará lugar á una
segunda carta.

Limitándome, pues, por hoy
á la galería parisien de trajes,
abrigos, sombreros y lenceria, te
diré que en vestidos y sombre-
ros la riqueza y la dificultad ven-
cida, dominan sobre el buen gos-
to: apenas en los diferentes mo-
delos presentados por las cien
casas que en Madrid figuran en
primer término como confeccion,
pueden citarse cuatro ó seis ves-
tidos posibles, no ya distingui-
dos, porque la profusion de bor-
dados de oro y colores, de enca-
jes, de aplicaciones de pasama-
neria con perlas, con oro y con
plata, quita á la mayor parte de
ellos su distincion. Aquellos ves-
tidos son dignos de las épocas
primitivas, de los tiempos idóla-
tras en que era preciso suspender
el ánimo de los ignorantes á fuer-
za de relumbron y las piedras
preciosas y los arabescos de oro,
y las armas brillantes, denota-
ban gerarquía y separaban al
humilde del poderoso; pero en el
siglo de la ilustracion, donde las
prendas morales y el desarrollo
de la inteligencia ha de marcar
á cada cual su puesto en el mun-
do, semejantes vestidos son in-
digna chocarrería. Estas reflexio-
nes hacia, querida Angela, de-
lante de un vestido de raso ce-
niza y terciopelo granate abierto
en manto de terciopelo granate
la parte superior, y cubierta to-
da la parte visible del raso ce-
niza desde la chaqueta, con un te-
gido espesísimo de cuentas gra-
nates que hacen un doble vestido,
terminando en agudos picos há-

en graciosas conchas guarnecen el manto de cola redonda ó cuadrada, que representa una gran habilidad de manos, pero que ya no es ingenio: en pasamanerías hay delantales completos desde el escote cuadrado al borde del vestido y uno negro en este género, transparentándose el delantal sobre raso grana, era de bastante buen gusto. Hay otro de raso azul pálido con terciopelo cortado azul y hoja seca á raya menuda, de forma princesa por delante, con pequeño frac abrochado con trencilla en la espalda, y por la izquierda le adornan tres bandas de faya, una de cada color, orilla la del contrario, que hacen un todo distinguido: hay un peinador de cachemir blanco con piel de nutria alrededor abriéndose sobre enagua de ricos encajes, digno de citarse también; pero todo esto no constituye novedad, porque todo está hecho desde la primavera; todos los vestidos son de forma princesa, algunos con pequeño frac ó aldetas sobre la parte bullonada de atrás y todos invariablemente en combinacion de dos telas, raso y brocatel, faya y terciopelo, cachemir y raso, mucho raso; sin duda por su brillantez han elegido los comerciantes todos esta tela para sus modelos.

En abrigos, así para la calle como para salidas de teatros, la forma dominante es el paletot con manga visita ó manga dolman que sale de la espalda, y esta forma desde el cachemir ó faya rosa, blanco ó celeste, cubierto de bordados de oro y perlas con ricos flecos ó pieles alrededor, hasta los tejidos más bastos de lana de mezcla, todas las telas se admiten para los abrigos. Estos *paletots visita* no son tan largos como el gran paletot *fourrure* del año anterior y dejan ver parte de la falda del vestido. En cachemires (chalets) hay preciosidades y, aparte de los tejidos con plata y oro que demuestran, todo el mal gusto que no fuera de desear, hay imitaciones de los cachemires legítimos de la India que compiten, sin desventaja ninguna, con el chal que está tejiendo y cosiendo un turco á la vista de todo el público en la sala de las *Industrias*, donde se ve la fabricacion de casi todo lo que figura en el certámen. Á no dudar, el buen chal será el abrigo propio de toda señora distinguida el próximo invierno.

Los sombreros no presentan tampoco novedad ninguna, habiéndolos, en forma y gustos, de todas clases, la mayoría recargados de pluma, flores y encajes. Sin embargo, puede asegurarse que la forma de capota dominará este invierno, no solo por los modelos que figuran en la Exposicion, sino por los que ya presentan las casas de modas para el próximo invierno. En la Exposicion hay una capota blanca toda cubierta con encajes de nácar escalonados, y como tanto se ha dicho de este encaje, me parece oportuno indicarte que consiste en grandes hojas y conchas caladas en nácar de hojas delgadísimas y transparentes pegadas sobre tul y alternando órdenes de encaje natural y encaje de nácar: puedo asegurarte que la ventaja está siempre de parte del primero. En cambio la casa Soht de la calle de Montesquieu, tiene una capota de fieltro gris con solo un lazo y bridas de terciopelo granate, que es un modelo de sencillez y buen gusto, y los elegantes almacenes de *Le Coin de Rue* muestran capotas de fieltro y terciopelo de tanta severidad como sencillez, y *toques* (gorritos) húngaros para jovencitas, hechos en pieles ó con vivos correspondientes al vestido, que son una verdadera novedad.

Dejo para otro día hablarte de la lencería de la Exposicion y los bordados en blanco, porque me falta espacio, aunque te diré de paso que he admirado en nipsis un vestido bordado á mano, con tres echarpes y cenefas que representan hombres, pájaros y flores, de un tamaño tan diminuto y un primor tan colosal, que no hay tesoro con qué pagarle: aún así se ha vendido ya el modelo *dos veces*, ó sean dos iguales. Entre tanto que puedo hablarte con más detencion de esto, te diré que he visitado los magníficos almacenes del *Louvre* y *Saint-Joseph*, donde me han mostrado las telas de novedad. El escocés figura en primer término, y la hechura de forma blusa á plegado menudo desde el canesú y cerrado por delante con jareta y botones dorados, son la novedad de la estacion: los botones se repiten en las carteras de manga y bolsillos de la sobrefalda: cinturón de piel. Estos trajes redondos, sin cola, serán los obligados del invierno, y he visto uno con chaqueta Robespierre, abierto en solapas sobre chaleco de seda azul oscuro, como el color del escocés; plegado menudito el chaleco

y abierta por delante la sobrefalda por abajo sobre una nesga plegadita como el chaleco: un biés de seda con vivo grana orillaba toda la sobrefalda. He visto otro delicioso, para jovencita, de cachemir color gris, que cierra por delante sobre plaston de terciopelo violeta. También ha llamado mi atencion un vestido de seda á rayas, cerrando sobre un plaston de raso de color de la raya oscura, y sujeto el plaston por ambos lados con muletillas de seda de los dos colores. Es lo más nuevo que puedo comunicarte por hoy, y comunicar á sus queridas lectoras, tu siempre amiga

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 3. TRAJES DE ENTRETIMIENTO.

1. *Vestido princesa con drapería en forma de chal.*—El vestido es de dos telas, lisa, azul oscuro, sea lana ó seda, y á rayas azules y blancas. La tela lisa se emplea para la falda, el volante que la guarnece, el plaston y el antebrazo. El vestido va ajustado por delante hasta llegar al adorno en forma de chal que nace de las costuras de los costados. Los dos paños de la drapería tienen 40 cents. de ancho por 250 de largo, guarnecidos en su parte inferior con un entredós y una puntilla de 15 cents. de ancho, una puntilla más estrecha y un plisé de la tela lisa, mientras el bajo y los costados van guarnecidos con una puntilla y un fleco de seda azul anudado, de 12 cents. de altura. La manga lleva una puntilla blanca y un lazo de seda azul.

El volante de la falda tiene 10 cents. de altura, cuya pegadura queda oculta por un plisé de 8 cents. El dobladillo del volante de 3 cents. de altura es de la tela á rayas.

2. *Vestido de faya guarnecido de encajes.*—El plaston, de color más oscuro que el resto del traje, tiene 64 cents. de ancho de abajo, 23 en la cintura y 40 arriba, y lleva al canto una ruche que oculta el pié de una puntilla bastante ancha. Los bolsillos están guarnecidos también de ruches y puntillas, mientras la manga no lleva más adorno que una cartera viveada del color oscuro. La ruche se hace en un biés picado de 6 centímetros de altura. El adorno del bajo de la falda, de 20 centímetros de altura, termina por delante en el plaston. Si el vestido es gris claro, estará bien con el adorno azul marino ó marrón.

3. *Vestido con delantal italiano.*—Es propio para que una señorita que asista en su casa á una recepcion haga y sirva por sí misma el té á las personas invitadas. La falda y la túnica, de seda ligera, están guarnecidas con plisés y lazos de seda de color que haga juego. El plisé va dobladillo y sujeto del borde con un vivo de color opuesto.

El delantal italiano es de tela blanca: batista ó muselina.

Se corta al hilo sobre 92 cents. de largo por 46 de ancho, y vuelve en la cintura sobre 25 cents. de ancho. Las cintas van cosidas á 15 de distancia del borde de la parte doblada. El adorno, que puede ser un bordado á la cruz, consiste en el modelo en un entredós de encaje de malla hecho con hilo crudo y bordado con hilo blanco de lustre.

4 Y 5. SOMBREROS PARA NIÑOS.

4. *Sombrero capota para niña.*—Una cinta de reps blanco, de 2 cents. de ancho, una pluma blanca y un ramo de miosotis constituyen el adorno de esta linda capota, cuya parte interior se guarnece con una ruche blanca de tul.

5. *Toca polonesa para niño.*—El borde es de paja blanca y tiene 7 cents. de ancho; el gorro en punta es de cachemir azul y tiene 25 cents. de altura por 50 de ancho abajo, terminando por arriba con un lazo de pasamanería y dos borlas azules.

6 Y 7. SOMBRERO RUBENS DE FIELTRO GRIS PARA JÓVEN.

Es de fieltro gris claro guarnecido con un biés de 15 centímetros de ancho, de reps, que haga juego con el color del fieltro, drapeado alrededor del fondo y terminando con un lazo en el costado derecho. Un ramo de

flores sujeta el velo de gasa, cortado sobre un metro y medio de largo, en el borde levantado y rodeado de un biés de felpa de tono más oscuro. El núm. 7 le representa por detrás.

8. SOMBRERO ENRIQUETA PARA JÓVEN.

Este gracioso sombrero va forrado con un biés de terciopelo negro, completando su adorno un encaje montado á gruesos pliegues, una corona de p'umas naturales sujeta atrás por un lazo de raso blanco y velo de tul blanco.

9. ESCLAVINA FICHÚ.

Se compone de tres esclavinas que caen la una sobre la otra, y es propia para paseo en los días frescos de otoño. El fondo puede ser de barege ó faya, consistiendo su adorno en un fleco de 10 cents. de ancho y un ribete de seda de color que resalte. El fichú cierra con corchetes que quedan ocultos con un lazo de cinta del color del ribete.

10. TRAJE CON BLUSA Y CINTURON PARA NIÑO DE 5 Á 9 AÑOS.

El modelo es de pañete gris adornado con bieses estrechos de tono más claro. La blusa cortada con aldetas tiene 37 cents. de largo delante, 40 por detrás y tres tablas de 3 cents. de profundidad cosidas hasta la cintura. El cuello tiene 5 cents. de anchura. El pantalón va abrochado á un cuerpecito interior.

11. VESTIDO CON PALETOT LARGO PARA NIÑA.

Se corta todo de una tela, y se compone de falda plegada, cuerpo-blusa y paletot largo con bolsillo y esclavina, cerrado con botones de asta y adornado con muchos pespuntos hechos á la máquina.

12. VESTIDO PRINCESA PARA NIÑA DE 8 Á 10 AÑOS.

Las partes de la espalda de nuestro modelo que es de mohair azul se completan con un paño plegado de 15 centímetros de altura, comprendido el encaje, y el biés de 3 cents. adornado con una puntilla.

Este biés se continúa por delante á cada lado de los botones de nácar hasta el escote. El cuello de 12 centímetros de altura, lleva el mismo adorno, como igualmente las solapas, los bolsillos y las mangas. Lazo de cinta encarnada asargada.

13. VESTIDO CON PALETOT LARGO PARA NIÑA DE 5 Á 8 AÑOS.

El paletot con doble hilera de botones, plisés de tela y bieses de 2 cents., bordados á la cruz, se lleva con un vestido elegante de seda. La solapa de la manga también está bordada á la cruz.

14. VESTIDO CON TÚNICA Y CUERPO DE ALDETA.

El modelo es de belga, gris claro, guarnecido de bieses y lazos que son, así como el cuello de chal, de seda á rayas marrón y negro. El cuerpo de aldetas va ribeteado del mismo color: las cuatro partes de la aldetas de atrás se terminan en lazadas forradas y ribeteadas. Un volante plisé de 56 cents. de altura adorna el bajo de la falda. Bieses de seda guarnecen la manga.

15. VESTIDO DE NOVEDAD PARA TEATRO Ó REUNION.

Es un vestido princesa de belga, color moda, adornado con bieses de tafetan azul y encaje ruso. El adorno de delante es de mucha novedad. Consiste en una tira plisé de trecho en trecho: esto es, á la distancia de 15 centímetros uno de otro, lo que forma bullones. La drapería de la falda consiste por delante en un paño al hilo de 126 cents. de altura por 170 de largo, reducido á 85 cents. por medio de pliegues á un lado y 30 del otro, ambos metida la drapería en las costuras. Sobre los paños de atrás, la drapería se compone de dos paños al hilo de 100 cents. de largo por 85 de ancho, cogidos en el talle y plegados bajo un gran lazo. Van guarnecidos por separado, cruzan sobre la cola y descienden hasta el bajo. Un plisé de la tela, de 17 cents. de altura, rodea la falda. La manga y la limosnera llevan el mismo adorno.

16 Y 17. CANESÚ PARA CAMISA, DE CROCHET Y TRENCILLA.

El canesú se hace en seis partes separadas: esto es, la parte de delante, la de la espalda, los dos hombrillos y las dos mangas. Cuando están terminadas se unen entre sí con una vuelta de puntos, rodeando el todo con una vuelta de picots á crochet. El grabado 16, de tamaño natural, indica claramente la ejecución de esta facilísima labor.

18. TRAJE ELEGANTE PARA JÓVEN.

Volantes fruncidos cortados al biés y montados con cabeza, guarnecen el bajo de la falda y la drapería plegada de la túnica. La pegadura del paño de delante queda oculta bajo la aldeta del cuerpo, mientras el paño plisé de atrás se monta á la cintura de la falda. Una puntilla fruncida y una cinta bordada ó brochada constituyen su adorno.

19 Y 20. VESTIDO CON PALETOT PLEGADO.

El modelo es de dos telas: el num. 19 muestra cómo la túnica está drapeada en el centro de atrás y en los costados, y que el paletot está plisé desde el escote, y ciñe del talle con un cinturón de la tela. El grabado 20 lo muestra por delante, teniendo el escote cuadrado. El adorno de estos dos modelos consiste en plisés de los dos tejidos, alternando el claro y el oscuro, bieses y lazos.

21 Y 22. DOS PALETOTS DE MAÑANA.

21. Se corta por el patron de un paletot semi-ajustado, guarneciéndolo con volantes bordados á la máquina. El adorno figura por delante un plastron, completándose con un cuello vuelto, puños y corbata de la misma tela y el mismo bordado. El paletot cierra al costado bajo el volante.

22. El rico guarnecido de este modelo consiste en dos tiras bordadas á la inglesa, unidas por un biés circuido de encaje fruncido. La manga, entreabierta, termina con el mismo adorno y un lazo de cinta. Otro igual cierra el escote.

JOAQUINA BALMASEDA.



LA TÁCTICA DEL AMOR.

El amor de la mujer se compara con razon á una fortificación muy difícil de vencer; y si se quiere obtener del dios Cupido favores, es necesario, señores, demostrando cierta práctica, sujetarse á los mejores principios de nuestra táctica.

Es fuerza que sin cachaza, sin dilación, ni rencillas, se desplieguen las guerrillas, poniendo sitio á la plaza; ante fingida amenaza, no suspender los disparos, y á excepción de casos raros ó imprevistas circunstancias, procurar sin más reparos que se estrechen las distancias.

Suprimir la indecisión, porque denota impericia, recordar que la malicia es la mejor munición; no romper la formación, juzgando la paz lograda,

y en centinela avanzada dejar siempre algun cuidado, para que toque llamada si nota el puesto atacado.

Si una niña os muestra el pié, rie al oír que es divina, ó al balcon, tras la cortina, la veis haciendo crochet, bien claramente se ve que es un reconocimiento, y fracasa el movimiento si vuestra marcha es incierta, y en tan crítico momento no dais al alma un alerta.

Si no se asoma al balcon, aunque á sus citas se acuda, el cornetín de la duda debe tocar atención. Si es de amable condición puede intentarse un asalto; si es irascible, hacer alto, y hay que ser como unas malvas, pues fuera de juicio falto gastar la pólvora en salvos.

Siempre son en la mujer heridas graves sus duelos, combate á muerte sus celos, fuerte prision su querer, ser débiles su poder, emboscadas sus enojos, nervios, desmayos, antojos y cien otras que no explico; armas de fuego... sus ojos, arma blanca... su abanico.

Si miran á la labor y á nosotros á hurtadillas, hacen fuego de guerrillas de un efecto destructor; cuando miran con rubor, hacen fuego en retirada; y si brilla en su mirada la pasión por un momento... una descarga cerrada que deshace un regimiento.

Si de tu amor, ignorancia quiere afectar, es señal de algun ataque parcial que carece de importancia; mas si en ella ves constancia, si su amante afan te cuenta, si, cuando está más violenta, fácilmente la desarmas... batalla formal presenta, porque juega las tres armas.

Y no vayais á morir víctimas de una derrota, cuando aún la bandera flota de un risueño porvenir; poned cuidado en huir de una suegra exasperada, que es una mina cargada; y si os quiere llamar yerno, mandad tocar retirada hacia cuarteles de invierno.

Advierto que yo escuché los anteriores consejos de unos militares viejos que perdieron ya la fe; pero asegurar podré que en mi alma no hicieron mella, y que hay una voz en ella que sostiene esta opinión: lo mejor con una bella es rendirse á discreción.

RAFAEL MOSTEYRIN.

LA MODA ANTE LA SALUD.

La moda, esa reina despótica del mundo, cuyo imantado cetro nos arrastra á todos más ó menos dócilmente á rendirla humilde vasallaje, tiene á su cargo, como todos los despotas, incalculable número de víctimas inmoladas en sus profanos altares.

Bastaríanos levantar los pliegues de ese velo misterioso que cubre la vida privada de la sociedad, para convencernos de que el culto immoderado á la moda, turba de continuo el sosiego de los hogares, desarrolla la afición desmedida al lujo, despierta la envidia, la vanidad y la soberbia, fomenta la codicia y aviva tantas otras pasiones funestas que llegan á arrastrar á veces hasta á la consumación de torpes delitos y aun del crimen.

Y si viniendo á nuestro objeto, consideramos la cuestión bajo el punto de vista físico, nada más fácil que persuadirnos del cruel influjo que en el desarrollo de algunas afecciones, harto comunes por desgracia, ejerce el imperio de ciertas exageraciones de la moda, sobre todo en vosotras, las que constituís la más débil y hermosa mitad del linaje humano, que sois las más tiranizadas por aquella, y á quienes con el más noble deseo consagramos estas modestas líneas.

En efecto, mirad lo mismo la tierna niña que la hermosa adolescente y la respetable dama de edad madura, cuál se encierran en estrechísimas prisiones y en armazones opresoras de más ó menos preciadas telas para ostentar un talle microscópico y una esbeltez de formas irreprochables, las que tales atractivos poseen, ó á fin de aparentarlos violenta, artificiosa y hasta ridículamente las que acaso se creen infortunadas porque plugo á la naturaleza imprimir á las líneas de sus formas una dirección menos gallarda.

La forma de los trajes es el punto, en esta materia, donde la higiene necesita con más eficacia hacer oír sus saludables consejos, porque es también el punto más culminante en que la moda ha fijado constantemente sus desordenados caprichos, y la causa ocasional comúnmente desdeñada, de sinnúmero de padecimientos que aquejan con frecuencia al bello sexo.

Pasemos por alto la irresistible provocación que encierra la moda de esas faldas ajustadísimas, que aunque cubren mucho, manifiestan no poco; prescindamos de esos ceñidos y seductores cuerpos que obligan á que se adivine lo que fingen recatar, y de esa incitante prodigalidad de sus cortes, que atraen voluptuosamente nuestra indiscreta mirada hacia los recónditos detalles de esa la más bellísima escultura de la creación, que según el agudísimo Quevedo «tendría más de divino, si descubriera más lo humano»; quédense tales consideraciones para los moralistas, y quedémonos nosotros tan solo con las que emanan de la higiene.

Todo lo que no sea poner al organismo en circunstancias favorables y adecuadas al cómodo ejercicio de sus funciones; todo lo que no sea coadyuvar á los fines del admirable mecanismo de su vida, es digno de la más acerbica censura, porque revela un imprudente y culpable menosprecio hacia el deber sagrado é imperioso que todos tenemos de respetar y conservar cuidadosamente la integridad de nuestro propio ser.

Desde el punto en que se hace á los vestidos ejercer una presión inmoderada sobre las importantes y delicadas regiones que deben cubrir, faltan abiertamente á las más necesarias prescripciones higiénicas. Cuando la moda ordena á las señoras el uso de vestidos estrictamente cerrados y ajustados al cuello, las congestiones cerebrales tienen ganado mucho terreno; porque la continuada presión que sufren las venas yugulares, situadas á lo largo y muy superficialmente del cuello, entorpece el descenso de la sangre de la cabeza y región cervical, al paso que puede ascender sin obstáculo por las arterias carótidas, que por estar situadas más profundamente apenas experimentan los efectos de la presión; de este modo la sangre se aglomera en la cabeza, rompe los vasos que la contienen, y se verifica la hemorragia cerebral que constituye aquella mortal congestión.

El correctivo de estos riesgos no está precisamente en el uso de vestidos excesivamente escotados, pues dejando estos en descubierto y á merced de las vicisitudes exteriores, la garganta y parte del pecho, quedan estas regiones expuestas á inflamaciones peligrosas, sobre todo

en las jóvenes más tiernas y delicadas, en las que se dedican á la declamación y al canto, y en las que hay propensión á afecciones de las vías respiratorias. Un término medio, juiciosamente adoptado, es lo más conveniente en este caso; término medio que puede tener por límites: en un sentido, lo que la higiene aconseja, y en otro, lo que el pudor exige.

Más si la compresión muy prolongada del cuello expone á grandes peligros, la compresión en el pecho y el vientre, ejercida típicamente por los vestidos y los corsés, es causa de infinitos riesgos para la salud. Este es precisamente el punto en que la ciencia ha reñido siempre las más empeñadas luchas contra el influjo de la moda, y en que esta ha probado á cuánto alcanza su asombroso poder, cuán inútiles son á veces los méritos de la razón en las cosas humanas, y cuántos, por desgracia, los seres que, sordos á los avisos de la sabiduría, se entregan ciega y locamente á la ido-



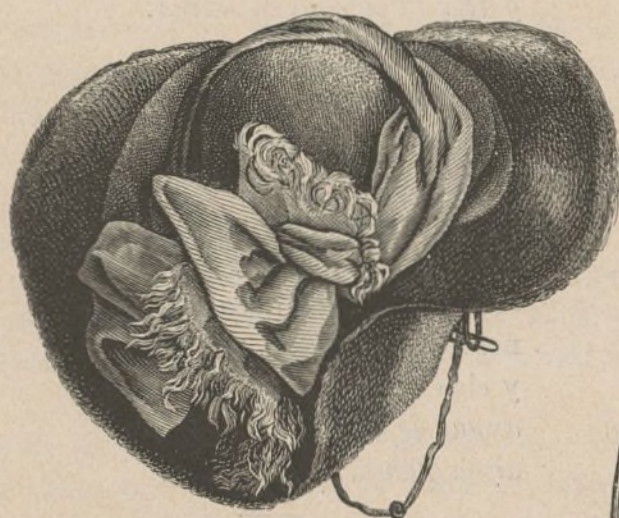
4. Sombrero-capota para niña.

5. Toca polonesa para niño.

menino á la opresora acción del corsé y los vestidos muy estrechos, los primeros órganos que sufren son los pechos, los cuales pierden su dureza y morbidez, cambian su gallarda dirección, no alcanzan un perfecto desarrollo, y llegan hasta á hacerse inhábiles para la alta misión de la lactancia. Por otra parte, hallando las costillas un obstáculo invencible al dilatar la cavidad del pecho en el acto de la inspiración del aire, la función respiratoria se hace incompleta, habiéndose observado que con corsé puesto penetran en el pulmón al respirar cinco centímetros cúbicos de aire menos que sin aquel nocivo aparato. La circulación se hace igualmente defectuosa, y la sangre, que no halla sus vías suficientemente amplias y expeditas, refluye en parte al corazón y á los pulmones, y ora sobrevienen apoplejías fulminantes, ora al cabo de los días se manifiestan las palpitaciones de corazón y aneurismas, ó aparecen insidiosamente los sombríos preludios de la tisis, que no tarda en desplegar todo el lúgubre aparato de sus aterradoros síntomas, apoderándose absolutamente de la enferma, y arrebatándola por fin en medio del dolor y el



6. Sombrero Rubens. (Véase el núm. 7.)



7. Sombrero Rubens visto por detras.



8. Sombrero Enriqueta para joven.

latria de la apariencia y del engaño.

Porque ¿qué mayor ceguedad y locura que la necia pretensión de reformar la obra de la misma naturaleza, esforzándose por los medios más violentos en reducir extremadamente las dimensiones inferiores del tronco de la mujer, sometiendo á penosa tortura y condenando á inmovilidad completa órganos y aparatos que para desempeñar sus actos y funciones han menester de una movilidad constante, de una libertad casi absoluta?

La cavidad torácica, asiento del corazón y los pulmones — como la abdominal lo es de las vísceras digestivas y génito-uritarias, — está formada por las costillas, esternon y parte de la columna vertebral, semejando aproximadamente la forma de un cono truncado, cuya base está en las últimas costillas, y cuya truncadura corresponde al arranque del cuello. Véase, pues, cuán distinta es su forma natural de la que se le hace afectar habitualmente. Ahora bien, sometido el tronco de un cuerpo fe-



9. Esclavina-fichú guarnecida de fioco.

asombro de la familia, que atribuye generalmente tan funesto desenlace á descuido ó impericia del médico, á las pasiones de la víctima ó á otras causas, sin sospechar siquiera que el origen primitivo del mal pudo residir en un torpe y vicioso homenaje rendido alucinadamente á la moda ó al liviano deseo de una seductora ostentación.

En el vientre, á la vez que exteriormente desaparece su graciosa convexidad, comunicándose al interior la presión que sufre por fuera, ocurren desórdenes digestivos, las hernias, las torceduras de la espina dorsal y algunos otros trastornos en esas funciones más ó menos turbulentas que suceden en la mujer en circunstancias periódicas.

A tan lamentables excesos arrastran las exigencias de ese hábito injustificado y de ese coquetismo injustificable que hacen preciso el uso y aún el abuso de los corsés y los vestidos rígidos.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Calle de la Montera, número 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

mente
rollo
aquell
guro
oportu
sólo
tierno
que c
morti
reform
para s
tituye
inofe
vuest
trujar
á los



10. Traje con blusa y cinturón para niño de 5 á 8 años.

mente ajustados. Mas ¿por qué la fortaleza y desarrollo muscular que pretendéis hallar en el uso de aquellos, no habíais de buscarlo, con éxito más seguro sin disputa, en una gimnástica ejercitada con oportunidad é inteligencia? Ciertamente es que este medio sólo podría ya ser útil á las que van cruzando el tierno y florido período de la adolescencia; mas ya que os sea imposible abandonar bruscamente esos mortíferos ceñidores á que os halláis tan habituadas, reformad al menos su naturaleza desembarazándolos para siempre de aceros, ballenas y alambres, y substituyendo estas materias por otras más blandas é inofensivas que, en lugar de destruir y deformar vuestros pechos, desquiciad vuestros hombros y estrujar vuestro talle, ofrezcan blando y muelle apoyo á los primeros, desvie suavemente hácia atrás los

segundos y aprisione sin violencia y cautelosamente el último. Librad sobre todo los débiles cuerpecitos de las niñas de esas molestas sujeciones, hasta que sus músculos hayan adquirido un regular desarrollo, y precaveos todas vosotras en esas épocas anormales en que el más leve contratiempo puede acarrear trascendentales consecuencias.

Muy estimables son vuestras gracias y vuestros encantos, pero aún más estimable es vuestra salud. Moderad, pues, vuestras modas insensatas; hacedlas esclavas de vuestra comodidad, en vez de esclavizaros vosotras á sus volitarios caprichos, y arregladlas, en fin, siempre y sobre todo á las juiciosas y razonadas indicaciones de la higiene. El no hacerlo así, no es la menor causa de que veamos nuestra sociedad poblada de tiernas y macilentas jóvenes, que con una amarga y característica sonrisa en los labios, la respiración anhelosa y lleno el corazón de amantes ilusiones, van descendiendo diariamente á poblar los sepulcros, dejando un inmenso vacío en sus familias y en el mundo, cuando debían llenarle con sus encantos y ofrecer un día á la especie el dulce y santo tributo de la maternidad.

¡Infelices vosotras las que á trueque de causar admiración á cuantos os ven, y con tal de que siembren vuestro camino de flores y galanteos cuantos os admiran, no vaciláis en martirizar vuestro cuerpo con el seductor pero execrable cilicio de esa moda inhumana, que os hará llo-

11. Traje con paletot largo para niña.
ROSALÍA.

(Traducción del italiano.)

En un antiguo castillo, situado á la falda de una montaña de Italia, vivía solitario y triste un caballero llamado Faramundo. Por única compañera tenía una nieta, casi niña aún, nombrada Rosalía, único resto también de los nueve hijos, cinco hijas y veintidos nietos que Dios le había dado y arrebatado después poco á poco. Sin embargo, sobrevivía á tan queridos objetos, á pesar de haber visto conducir al sepulcro la mayor parte de ellos, de haber esparcido flores sobre sus tumbas, y plantado alrededor de éstas los fúnebres cipreses. Su alma, no obstante estos acontecimientos, sostenida por la fe, no se dejaba dominar por el dolor. Para conseguirlo, hacía lo que



12. Vestido princesa para niña de 8 á 10 años.

13. Vestido con paletot para niña de 5 á 8 años.

rar bien pronto la pérdida prematura de vuestra salud y el temprano ajamiento de vuestra hermosura!

EDUARDO PASCUAL Y CUELLAR.



14. Vestido con túnica y cuerpo de aldetas.



15. Vestido de novedad para teatro ó reunión.

el sér infeliz cuya morada es el fondo de un oscuro calabozo, y que al ver en su prision un rayo de luz, se figura ver también, creadas por su mente, las magníficas escenas de que goza el habitante de los bosques en el momento en que la aurora, al anunciar el día, ilumina y alegra á toda la naturaleza.

Los tres hijos mayores de Faramundo fueron tan sólo los que no pudieron recibir, en sus últimos momentos, los cuidados de él, por haber muerto lejos de su lado en un combate contra los infieles. Hé aquí ahora su sistema de vida. Al caer de la tarde se sentaba á menudo bajo un frondoso castaño, en compañía de su único consuelo la jóven Rosalía. Allí entretenía á ésta refiriéndole, ya la piedad de su madre, ya las virtudes de su abuela, y, por último, las gloriosas acciones de sus hijos. Rosalía entónces, con el corazón agitado, caía en los brazos del venerable anciano, y vertía un torrente de lágrimas. Otras veces la conducía por un sendero estrecho y tortuoso hasta la cumbre de una montaña, en la cual tenía por asiento una piedra cubierta de musgo. Desde aquel elevado sitio contemplaban ambos las olas espumosas que venían á estrellarse al pié del escollo, y que mugían con gran estrépito cuando la turbonada tempestuosa conmovía los más profundos abismos del mar. A menudo en las hermosas tardes de otoño, ó cuando la luna brillaba en medio del azul del cielo en una hermosa noche de verano, llevaba á Rosalía por la mano hacia la cumbre de la misma montaña, ó bajo una de las vueltas que, guarnecidas de hiedra, cubrían la caverna de aquel escollo. Su objeto era contemplar á la naturaleza y sentir de ella su divino influjo.

Si tristes recuerdos embargaban un instante el alma de Faramundo, bien pronto desaparecía su pena, volviendo á quedar sereno y tranquilo, como queda el cielo al disipar el viento las nubes que momentáneamente lo han ennegrecido: su semblante aparecía entónces placentero, cual aparece la naturaleza después de noche tenebrosa al recibir los pálidos destellos de la luna. Era que creía ver á sus amados hijos dirigiéndole desde la celeste mansion una mirada cariñosa, y que á la vez lo llamaban para aquella santa morada. En medio de sus gratos pensamientos era interrumpido por las infantiles preguntas de Rosalía. Su voz era la de la inocencia; sus miradas representaban la ternura y la bondad; y toda su fisonomía anunciaba ya un alma noble y grande.

—Padre mío, decía Rosalía al que así podía llamar; ¿por qué estais algunas veces serio y triste? Miradme: observad cómo la luna ilumina y embellece mi semblante. Pues bien, á pesar de la gracia que ésta me concede siempre que sale, estoy muy lejos de amarla tanto como os amo á vos; concluyendo por imprimir un beso en la mano de aquel respetable anciano al decir tan encantadoras frases.

El entónces la abrazaba tiernamente, y con sus lágrimas bañaba las rosadas mejillas de aquella hermosa niña.

Con frecuencia después de haberla dejado dormida á la hora del descanso, volvía apoyado en su bastón á la playa del mar cercano, y allí quedaba solo hasta que aparecía la nueva aurora: después regresaba á su casa, y allí, con un breve sueño, recreaba su vejez, olvidando los placeres y las penas de su soledad. Al despertarse encontraba siempre á Rosalía ocupada en prepararle su acostumbrado desayuno, sin que faltase á ello un solo día, no obstante ser aún muy jóven; pues nada le era más dulce y grato que pensar en servir á su abuelo, embellecer sus días y alejar de él la melancolía que con frecuencia se reflejaba en su frente. La soledad en que aquella se hallaba disponía su alma á todo lo serio, sublime y bello. La naturaleza que allí se mostraba majestuosa por unas partes y salvaje por otras, contribuía á dar á su fantasía elevadas ideas, que aumentaban los históricos discursos de su buen abuelo. Con los ojos fijos en éste, le oía referir las gloriosas acciones de sus antepasados, por lo cual venía en conocimiento que á la cabeza de pocos guerreros, uno de ellos había despreciado los peligros del mar y los asaltos de los enemigos, para libertar á un pueblo de extranjera servidumbre; que otro había puesto villas y ciudades enteras á cubierto del furor de los bandidos, y que la sabiduría de alguno había reconciliado á hermanos que no se amaban y reducido hijos ingratos á la obediencia paternal. En una excursión por el campo de los recuerdos, no olvidaba

Faramundo su esclavitud en África, donde por espacio de tres años había vivido con los moros, de los cuales se había librado por la noche en una pequeña barca exponiéndose á perecer en medio del mar, ni olvidaba tampoco los buenos rasgos de su juventud, entre los que no era el menor haber sacado de la prision á un jóven de alto rango, retenido en medio de hierros á causa de celos de un poderoso rival, haberlo conducido después al lado de su desconsolada amante, y merecido de ella al devolvérsele libre, que se echara á sus piés y le llamara el libertador del sér que más quería en este mundo.

Ciertos días del año, tales como los del aniversario de la muerte ó nacimiento de sus hijos, Faramundo los consagraba principalmente á la memoria de sus antepasados. Rosalía vestida de blanco y ceñida la cabeza con una guirnalda de rosas, era en esos días conducida por el anciano al bosque de los cipreses, en el instante en que el sol, cercano ya á su ocaso, penetraba por entre las ramas de los árboles é iluminaba brevemente las tumbas que encerraban los despojos de los más queridos objetos de Faramundo.

Allí en la lúgubre mansion de los muertos, se entretenía hasta la salida de la luna en hablar de las bellezas de la naturaleza y los beneficios del Creador, elevándose con el pensamiento hacia la celeste region, morada de aquellos que han amado á Dios y á la virtud sobre todo bien terreno. Rosalía escuchaba entónces en silencio las alabanzas del anciano, y su enternecido corazón se llenaba de celestial alegría.

Con tal género de vida llegó la niña al décimocuarto año de existencia, época en que una nueva desgracia vino á aumentar las del sabio anciano y su buena compañera. Durante una tétrica noche en que la tierra exhalaba deletéreos vapores, Faramundo, falto de fuerzas, se dejó caer al pié de un árbol. Rendido por el cansancio, se quedó dormido, y en tanto era víctima del sueño, las exhalaciones sulfúreas le cubrieron los ojos de un tupido velo hasta el grado de que cuando despertó ya la luz del sol era para él como si no existiera.

Intranquila Rosalía por la ausencia de su anciano abuelo, salió en su busca, recorriendo con avidez todos los sitios donde aquél tenía costumbre de detenerse; pero por desgracia sus pesquisas fueron vanas. Preparábase finalmente á violar la fatal prohibición de Faramundo de subir sola á las escarpadas rocas, no muy distantes de allí, cuando de repente oyó una voz. Sin esperar que se repitiera, corrió con paso precipitado al lugar de donde había salido aquella, y al escucharla de nuevo reconoció que era la de su querido abuelo, el cual, habiendo oído los gemidos y los lamentos de Rosalía, se dirigía también, por instinto, hacia ella.

Al encontrarlo al fin, quedó sorprendida y asustada viéndole inmóvil y silencioso, y se postró á sus piés.

Al sentir el anciano la cabeza de Rosalía apoyada en sus rodillas, exclamó: —Con qué placer te vuelvo á estrechar sobre mi corazón, y cuán gratas me son las lágrimas que derramo sobre tus mejillas!

—¡Ah, padre mío, dijo á su vez Rosalía, cuánto me ha angustiado vuestra ausencia!

A estas sinceras frases contestó el anciano:

—Hija mía, estoy ciego, un velo me cubre los ojos; ya no te veré más. Ni la luz del sol, ni la belleza de la naturaleza, vendrán de hoy en adelante á recrear mi ánimo. Tu dulce semblante y tu sonrisa ya no volverán á llenar mi corazón de placer.

Rosalía, conmovida, no pudo contenerse y prorumpió en copioso llanto, sin embargo de conservar la esperanza de que á su abuelo le sería restituida la vista, por juzgar que solo los vapores de la noche le habían privado momentáneamente de ella. Con esta idea acercaba entónces su hermosa cabeza á la arrugada frente del anciano, y trataba de disipar, con su dulce aliento, y con el tacto de sus delicados dedos, la nube que cubría las pupilas de los ojos de aquél, al que le preguntaba de tiempo en tiempo si veía algo. Agradecido el anciano á tanta solicitud, le contestaba suspirando:

—Tú eres y serás, mientras yo viva, la delicia de mi alma; pero estos ojos no te volverán á ver más, querida Rosalía.

Después de haber vertido uno y otro amargas lágrimas, la nieta de Faramundo reunió todas sus fuerzas, lo alzó de tierra, pues había vuelto á caer en ella exá-

nime, y apoyado en el débil brazo de aquella, llegó éste al silencioso retiro de su castillo.

En tal estado vivió Faramundo dos años. Para mitigar la tristeza que su situación ocasionaba á Rosalía, él gozaba de todos los placeres que suplían el defecto del sentido que había perdido. Luégo que experimentaba el dulce calor de los rayos solares, la deliciosa frescura de la aurora y los perfumes que exhalaban las flores, se hacía llevar por su nieta á los lugares cuyo aspecto le había recreado tantas veces. Allí escuchaba entónces el melodioso canto de los pájaros, y pasaba horas enteras bajo la enramada. Como también era grato á su oído el estrépito de las olas, porque le hacía recordar queridos objetos, pasaba igualmente mucho tiempo cerca de la playa vecina. Rosalía, á la vez, porque le agradaba, le hacía oír á menudo los dulces acentos de su voz; cantando los himnos que había aprendido de él.

Estando un día sentados en la próxima playa, vio Rosalía que se acercaban á tierra algunas embarcaciones.

Á poco de haber echado al agua sus anclas, observó también que de una de aquéllas bajaba un jóven de aspecto noble acompañado de algunos otros de la misma nave, y que saludaba respetuosamente á Faramundo y á ella. La hermosura de ésta, su aire encantador á la par que modesto, causaron una viva impresión en el corazón del extranjero, el cual, después de un breve diálogo con ambos, durante el que supo que aquél era el caballero Faramundo, sintió llenársele el alma de inusitado placer porque su padre, que era asimismo un noble caballero, había cambiado sus armas en un combate con las del anciano á quien hablaba, y sus fuerzas habían resultado iguales. Con este motivo el extranjero mostró las suyas á Faramundo, tratándole con todo respeto y consideración, á lo que respondió acogiéndolo como á un hijo:

—Hé aquí, pues, las armas de mi juventud, decía el anciano intentando en vano alzarlas de tierra: ya no servireis más para conquistar un nuevo amigo, ni para castigar á un audaz adversario...

Y dirigiéndose á su nieta le decía:

—¡Rosalía; son lúcidas estas armas!

—Sí, le contestaba ésta, brillan como el sol naciente.

Momentos después de tan grata entrevista una y otro guiaron hacia el castillo al jóven forastero y á su comitiva, y los trataron con la mayor hospitalidad. El nuevo huésped de aquella solitaria mansion, refirió entónces sus viajes y dió á conocer que procedía de las costas de España, y que debía proseguir su marcha para cumplir las órdenes de su padre, sin embargo de que habría querido pasar toda su vida al lado de Rosalía, porque ya sentía pasión por ella; pasión que, aunque tímido y respetuoso, se atrevió á manifestarle. Rosalía, que también amaba á Reinaldo (tal era su nombre) le desagradaba verlo partir, y le decía:

—No me ames, porque yo no puedo ni debo seguirte. Á mi padre es á quien debo consagrar mi amor y mis días, y nunca podré separarme de él. ¡Recorrer los mares y los caminos ignorados, dejando solo al que debo la vida, al que tuvo cuidado de mis primeros años, y del cual puedo consolar su vejez y aliviar su enfermedad! No, jamás.

Al pronunciar Rosalía estas palabras, cubría sus ojos con un velo para ocultar su llanto á Reinaldo.

—No, tú no le abandonarás, replicaba vivamente entónces éste, porque el padre seguirá á sus hijos.

—Guárdate bien de pensar en eso, le respondía ella; yo no puedo consentir que se exponga en su vejez á los peligros del mar; parte, pues, Reinaldo, vuelve al lado de tu padre que te espera, torna á la patria á que perteneces, ya que no puedes permanecer en estos lugares....

Reinaldo partió al fin y Rosalía, subió á la cima de un collado, desde donde lo vio embarcarse con su séquito y desplegar al viento las velas de sus naves. Con el recuerdo de Rosalía siempre en su mente se apresuró aquél á seguir el paternal mandato, esperando obtener de él el permiso de volver á la feliz morada de Faramundo para unirse á Rosalía, conducirla á España á permanecer en el castillo mientras viviese el respetable anciano que lo ocupaba.

Rosalía, apasionada en extremo de Reinaldo, lloraba

la, llegó

ara miti-

Rosalia,

l defecto

perimen-

deliciosa

laban las

res cuyo

scuchaba

y pasaba

era grato

recordar

tiempo

porque le

mentos de

prendido

aya, vió

mbarca-

observó

en de as-

a misma

nundo y

dor á la

en el co-

evé diá-

él era é

de inu-

o un no-

combata

rzas ha-

tranjero

todo res-

giéndolo

decia el

ya no

ni para

sol na-

una y

y á su

dad. El

firió en-

a de las

ha para

de que

Rosalia,

aunque

Rosalia,

ibre) le

eguirte,

or y mis

los ma-

re debo

años, y

nferme-

sus ojos

ente en

lia ella-

ez á los

al lado

ue per-

tos le-

cima de

u sé-

s. Con

presun-

obtener

Fara-

paña é

petable

llorab

á solas porque temia no volverlo á ver más; no dejando por esto de prodigar al anciano mños ternura y atenciones que las que ántes le prodigaba.

Un día de los más ardientes del estío, se hallaba sentada cerca de una fuente, á la sombra de las ramas de los árboles que la rodeaban, cuando repentinamente fué sorprendida por la aparicion de una figura de mujer circundada de un vivo resplandor.

Rosalía no sintió á la vista de aquel ser extraño más que un ligero temblor en su cuerpo. Al oír pronunciar su nombre se levantó, no para huir, sino dominada por un sentimiento de veneracion.

—Rosalia, le dijo entónces la extraña figura: está en tu mano restituir la vista á tu padre, pero esto te costará un gran sacrificio.

—¡Ah! ¿cuál es ese sacrificio? respondió Rosalia con vivacidad; ¿deberé acaso, continuó, perder la mia, la misma vida? todo lo haré con gusto si es preciso.

—No, no es la muerte ó la pérdida de tu vista la que debes sufrir, pues ésta te quedará con todos los demas sentidos; pero ¿podrás consentir en perder tu gentileza, y, lo que es peor, la juventud? Y mostrándole una copa, añadió: el licor que aquí existe es amargo; si lo bebes, serás trasformada en otra, pero se disparará en el acto el velo que cubre los ojos de tu buen padre.

Rosalía, llena de fe, toma la copa que se le presenta, mírase un instante en el agua de la fuente, alza los ojos al cielo, apura el terrible licor, y supira pensando en Reinaldo. Despues de hecho el sacrificio, mírase de nuevo en el surtidor, y retrocede temblando de horror. Basó á la vision para interrogarla, pero ya habia desaparecido. No le quedó otro consuelo que el de derramar algunas lágrimas por la pérdida de su belleza y juventud y el de reunirse al anciano para ser espectadora de su alegría al recobrar la vista perdida. Antes de llegar al castillo de Faramundo se detuvo para no ser vista de éste, pues como estaba tan deforme, temia que quizá no la reconociera.

Despues de haber oído el grito de alegría de su abuelo, que de las tinieblas de la noche volvía de repente á ver la naturaleza con todo su esplendor, Rosalia vió otra vez á su lado la sombra celeste que poco ántes se le habia aparecido, presentándole la misma copa y excitándola á beber otro licor. Rosalia, sin dudar un instante, obedeció á la vision, y ésta dejó de verse nuevamente. ¡Era la Virgen María!

Al presentarse la niña á su abuelo, éste goza al contemplarla adornada de todos los encantos de la juventud. ¿Quién podría describir aquella escena de estupor, de gratitud, de amor filial y de ternura paternal? Enterado el anciano de lo que acababa de suceder á Rosalia, ambos se dirigen al surtidor de la fuente donde habia sido vista la misteriosa sombra; visitan despues todos los lugares en que tanto se habian divertido otras veces, incluso las tumbas de los seres queridos, y Rosalia vuelve á coger flores para esparcirlas sobre ellas.

Pocos dias despues de estos sucesos abordó Reinaldo á aquellas playas como lo habia ofrecido á Rosalia, y el caballero Faramundo unió las manos y los corazones de los dos amantes que se juraron perpétua fe, y los bendijo alzando los ojos al cielo, centelleantes de ternura y de alegría.

En el antiguo castillo de Faramundo pasaron todos tres algunos años sin penas y en perfecta tranquilidad; pero un día en el cual se preparaban Reinaldo y Rosalia á celebrar el aniversario del nacimiento de su abuelo, al dirigirse al bosque de cipreses en el que lo habian dejado desde la aurora, siguiendo su inveterada costumbre, lo hallaron tendido en tierra, con las manos puestas sobre la tumba de la que en vida habia sido su compañera. Rosalia, á la vista de semejante cuadro, dió un terrible grito y cayó á los piés de su abuelo; pero sus gemidos ni sus ayes tuvieron bastante fuerza para despertarlo del sueño eterno. Ella entónces deploró largamente tan amarga pérdida.

Trascurrido un año de la muerte de Faramundo, Rosalia y Reinaldo resolvieron partir para España, patria del último. En el momento de abandonar la primera aquellos lugares que habian sido testigos de los dulces placeres de su juventud, vertió copiosas lágrimas. Le era sobre todo muy amargo el alejarse del bosque de cipreses en el cual existian tantas tumbas sagradas para ella.

En España ya con frecuencia se le representaban los

sitios que le habian visto nacer y le parecia andar errando todavía por aquellos solitarios recintos en compañía de su inolvidable abuelo. Otras veces creia estar con él en la cumbre del monte ó bien sobre la playa del vasto mar. Reinaldo que la amaba sinceramente tomaba parte en todos sus sentimientos y recuerdos.

Así transcurrieron los dias rodeados de los lindos hijos que Dios les habia concedido, sin que pesar alguno viniese á turbar la dicha que gozaban, hasta que la muerte los condujo á la eterna mansion y unió sus almas á la de todos sus antepasados.

EMILIA QUINTERO Y CALÉ.

Lugo, Setiembre, 1878.

CORRESPONDENCIA.

Turin.—Si la jóven tiene ya veinte años, puede recibir las visitas con su madre, ó reemplazarla en el salon, si ésta se halla ausente ó indispuesta; pero debe hacerlo con sumo tino, procurando que sostengan la conversacion las personas de más edad ó más respeto. Tambien puede servir y trincar en la mesa, aunque los convidados sean hombres, dando así una muestra de amabilidad y finura.

Cuando el marido recibe á sus amigos en su despacho ó en el salon de dia, la mujer debe retirarse, y más si hablan de negocios ó política; no es lo mismo si concurren á la casa de noche, y el marido los recibe en la sala, pues entónces debe permanecer en ella haciendo los honores y aun obsequiarlos con algun refresco.

Paulina.—Se emplea mucho el terciopelo de Ginebra ó de Utrecht para muebles, pero el reps hace el mismo efecto y es más barato. El buró y la biblioteca pueden muy bien figurar como adornos del salon. Supuesto que las paredes y el techo se hallan en tan mal estado, podría V. cubrirlos con cuadros de cretona, dibujo Luis XV, sujetos con clavos, pudiendo quitarlos cuando deje V. la habitacion.

En este caso la sillería tambien deberia estar forrada de cretona.

Una madre enamorada de sus hijos.—Los pantalones de los niños llegan hasta la rodilla, cubriéndose ésta con el volante ó el encaje que los termina. De ningún modo deben ser más largos que la falda.

La primera nube.—Siento infinito contrariarla á V., pero debo decir la verdad. Su marido tiene derecho á abrir y leer sus cartas.

Si son inocentes, como V. afirma y creo, tanto más para que lo deje hacer tranquilamente, logrando de este modo que se avergüence de su suspicacia. Nada de resistencia, nada de recriminaciones: muéstrese V. digna, pero sumisa, evitando volver á hablar de este asunto. La paz del matrimonio es un bien demasiado precioso para sacrificarlo en aras de un movimiento de amor propio ofendido.

Dolores.—Hay caprichos muy bonitos en materia de joyas. Como novedad, la recomiendo los brazaletes de filigrana de plata ó oro, y las cadenas *serpiente*, que forman aderezo completo, compuesto de cinturón en abanico para recoger la falda, collar, brazaletes y agujas para el cabello, todo de oro y piedras preciosas.

E. M.—Con sumo placer la diría á V. el modo de disecar los pajaritos si lo supiese. Esta pregunta me hace creer que es V. aficionada como yo á estos inocentes y alegres seres, tan frágiles sin embargo, que hoy hacen nuestra delicia con su canto y mañana los lloramos muertos. En interés de ambas le prometo á V. ocuparme de esto. ¡Ay! ¡Que á lo ménos decoren nuestro gabinete y nos recuerden sin cesar sus cariñosos piés! En cuanto al cordoncillo del fleco macramé, consiste sencillamente en una trenzilla ó cordón que se compra hecho, y se va anudando con las hebras conforme indica el dibujo. Pregúnteme V. cuanto quiera, que tendré sumo gusto en contestar á sus preguntas.

Cristina y Antonia.—Con singular complacencia he leído sus amables cartas, y me es imposible decir cuán dulcemente han conmovido mi alma. Quizás en el número próximo aparecerá la novelita que tengo en mi poder. Pueden Vds. mandar cuanto gusten, seguras de que será bien recibido.

Una sacerdotisa de la Moda.—El tejido que alcanzará más favor este invierno para trajes y abrigos, es un cachemir grueso, parecido al paño, y tambien la vigonia fuerte, pero flexible, peluda por el revés para que no necesite algodónarse.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Estamos en el tiempo de la caza, y las señoras que disfrutan todavía en sus viviendas campestres de las delicias del otoño, deben estar apercebidas para aderezar convenientemente el botín que sus esposos, parientes ó amigos traigan de los bosques.

El faisán es uno de los volátiles de más estima; pero siendo su carne un poco coriácea, debe esperarse algun tiempo á guisarlo para que se ablande. Cuando se cree que haya llegado á su punto, se despluma, se vacía y se cortan la cabeza, las alas y la cola con su pluma, para adornar con ellas el plato cuando se presente en la

mesa. Hecho esto, se envuelve en un papel fuerte y engrasado, y se pone al asador, en donde debe quedar por espacio de 45 minutos delante de un buen fuego. Mientras está en el asador, se rocía con manteca mezclada con una cucharada de vino de madera, Jerez ó Málaga. Se ponen en la grasería ocho ó diez rodajas tostadas de migas de pan con manteca, y se sirve como asado, con rodajitas de limón.

Como hemos dicho, el faisán se coloca en la fuente echado sobre la espalda, disponiendo á su alrededor la cabeza, la cola y las alas, que se retiran en el acto de trincharlo.

Las becadas son tambien un bocado exquisito, y se preparan de diferentes modos.

Si se ponen en el asador, se colocan debajo de ellas tantas tostadas de pan como pájaros haya. Las tostadas están destinadas para recibir la grasa y todo lo que se escape de su cuerpo. Se rocían con frecuencia, y cuando se sirven, se ponen sobre dichas tostadas y se condimentan con zumo de limón.

Tambien son muy buenas asadas á la inglesa, para lo cual se procede del siguiente modo: Con los intestinos, que se sacan de la becada por el lomo, se hace una pasta, añadiéndole tocino, sal, cebolletas cortadas y pimienta, se rellenan con esta pasta las becadas, se cubren y ponen al asador de la misma manera que hemos dicho ántes, y se sirven acompañadas de una salsa de pan.

Para condimentarlas del modo llamado á la cazador, se asan y se dividen en trozos. Se pone en un cacero la escalonias ó cebolletas picadas con los hígados y los interiores de las aves, vino blanco, sal, pimienta y cortezas de pan; se hace hervir algunos instantes esta salsa y luego se vierte sobre los miembros de la becada. Este plato figura en las comidas como entrada.

Ave igualmente muy rica es la codorniz, que suele comersse asada, para lo cual se envuelven cada una de por sí en una hoja de vid y una lonja muy delgada de teta de vaca arreglándolo todo de modo que no quede al descubierto más que la mitad de las patas; se pasan por un pasador, y se fija al asador, dejándolas al fuego solo veinte minutos.

Del mismo modo se procede para asar las perdices, los perdigones y las chochas.

Las perdices con coles son muy estimadas.

Se cuecen las perdices sobre buenas áscuas, se blanquea una col y se estufa con grasa, y cuando todo se haya cocido, se ponen en un plato las perdices, se colocan alrededor rebanadas cortadas de la col, guarnecidas con rodajas de salchichon y lonjas de tocino, y se vierte sobre el plato la salsa que se habrá reducido y un poco de salsa á la española.

Soluciones á la charada PERITA que apareció en el número 32 de EL CORREO correspondiente al 2 de Setiembre, por las Sras. Doña Mariana de Rada y Diaz Pimienta, de Quintanar de la Orden; Doña Carmen Quijano, de Santander; Doña Dolores Gaviria Nuñez, de Málaga; Doña Josefa Giménez, de Santiago, y Don Carlos Ruiz Toca, de Velez-Rubio.

Soluciones á las charadas que aparecieron en el número 35 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Setiembre, por las Sras. Doña Mariana de Rada y Diaz Pimienta, de Quintanar de la Orden; Doña Tomasa Barrio de Nestar, de Cervena de Rio Pisuerga; Doña Carolina Delgado de Remon, de San Roque; Doña Lista de Leon de Lopez, de Albolea; Doña Rafaela Taboada, de Rivadavia; Doña Elisa Navarros, de Hoyos; Doña Inés Rodriguez, de Carabuey; Doña Leonor Martos, de Guadix; Doña Antonia Perales, de Tuy; Doña Carmen Fuentes Peña, de Cuenca; Doña Dolores Sanchez de Almansa, Doña Cipriana F. de Ruiz, de Madrid; y Gertrudis Abby y Romany, de Jabea.

I.
ALICANTE.

II.
OREJA.

CHARADA.

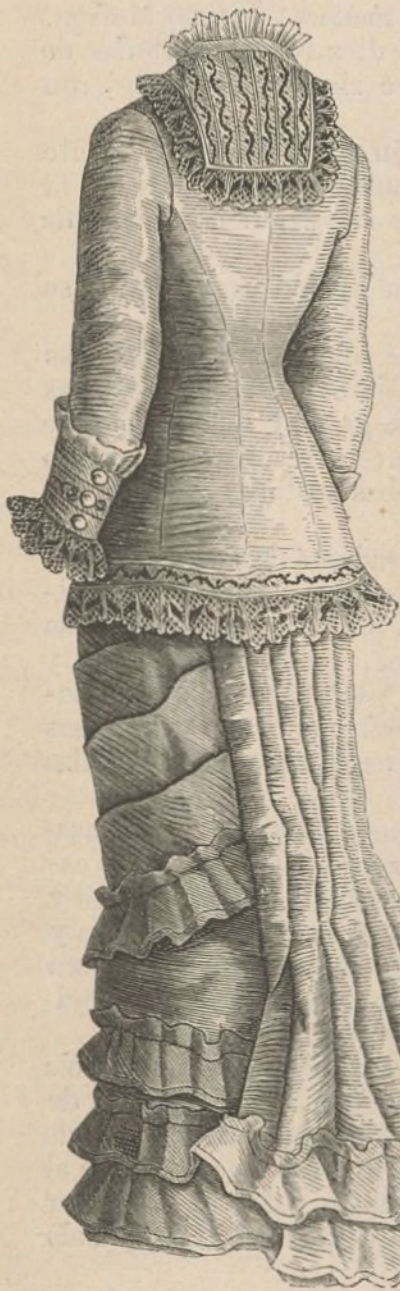
En el lenguaje del Dante
Que cual música resuena,
Mi primera y mi segunda
Un afecto dulce expresan.
Y tanto á orillas del Po
Como en la española tierra,
Dan indicio del valor
En que un objeto se aprecia.
Cosa dura, inquebrantable,
Se nombra mi dos primera,
Y segunda repetida
A las madres enajena.
¡Ay de ellas si cual tres cuatro
Se lo roba suerte adversa!
Conoci á una hermosa todo
Cuando me hallaba en Lucena,
Que quedó primera cuatro
Por efecto de tal pena.

MERCEDES SILVA.

Badajoz 20 de Setiembre de 1878.

Explicación del figurin 1331.

FIG. 1.ª—Traje de visitas.—Vestido de



18. Traje elegante para jovencita.

igualmente de dos telas: la una especie de seda azul claro con borra de azul más oscuro y la otra faya azul muy oscuro.

La forma es princesa, abriendo por delante en óvalos cerrados por lazos, por lo que se ve el plastron plisé. En la mitad del cuerpo, el vestido que se habrá cortado

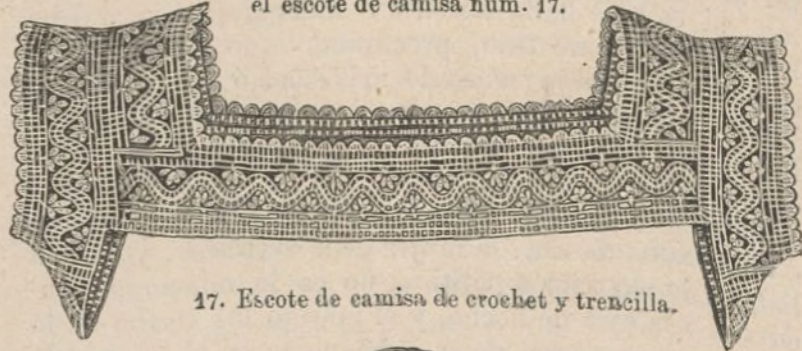
seda á rayas brochadas rosa y blanco, abriéndose por delante sobre una falda interior de raso rosa. Bieses de raso rosa y anchos encajes negros fruncidos y lazos de faya rosa, constituyen el adorno del vestido de encima. La falda de raso va circuida por atrás con volante plisé, debajo del cual asoma otro de muselina, y por delante lleva delantal formado de fleco laminé. Echarpe-chal de la tela guarnecido de ruches de cinta y encajes negros fruncidos. Sombrero Marta adornado con cintas rosa y florecitas menudas.

FIG. 2.ª—Traje de recepción, comida ó teatro.—

El traje se compone



16. Puntilla de crochet y trencilla para el escote de camisa núm. 17.



17. Escote de camisa de crochet y trencilla.



20. Paletot plegado visto por delante.

ucho más largo, va recogido por delante en tablas regulares repetidas y separadas por volantes plisés de la tela oscura y cosidos del centro. El paño de atrás, se recoge en poufs chatos.

Mangas de faya y cuello vuelto de la tela clara. Hato de armas antiguas como adorno del vestido; gola y mangas de encaje; pulseras de oro, guantes claros, abanico con el país del color oscuro del vestido.

Aproximándose la época en que la juventud de ambos sexos empieza sus estudios, vamos á recordar á nuestros suscritores la Institucion francesa para señoritas establecida en la calle de Jacometrezo, núm. 72, en la cual se sigue un método especial de enseñanza puramente francés, por profesoras francesas, que se divide en seis clases, y un curso superior preparatorio para el diploma de maestras é institutrices.

Las asignaturas son de primera enseñanza para niñas, y de segunda para adultas, á diferentes horas unas de otras.

Se enseñan con el mayor esmero todos los idiomas, el dibujo, caligrafía, correspondencia comercial, teneduría de libros, contabilidad y toda clase de labores de utilidad y de adorno, igualmente que la música, piano, arpa y canto.

Las clases todas se dan en francés, y de este modo las señoritas se familiarizan con el idioma, no oyendo ni una palabra en castellano

mientras están en el establecimiento.

Se admiten pensionistas, medio pensionistas y externas, siendo los precios sumamente arreglados, según verán por los prospectos que se reparten gratis.

Habiéndonos rogado varias señoras que las indicáramos un profesor de italiano para sus hijas, nos apresuramos á decirlas que

49. Vestido con paletot plegado. (Véase el n.º 20)

pueden dirigirse al Sr. D. Antonio de Lelli, calle de Segovia, 10, principal izquierda, quien además de ser una persona respetabilísima, sabe desempeñar admirablemente su cometido.



21. Paletot de mañana bordado de color.



22. Paletot de mañana guarnecido de encajes.

Las Sras. Suscritoras á la 1.ª, 2.ª y 4.ª Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1331, y todas el pliego de dibujos para bordados.

Editor-proprietario, Carlos Grassi.

Tip. de C. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administración: Montera, 11, Madrid

Ayuntamiento de Madrid